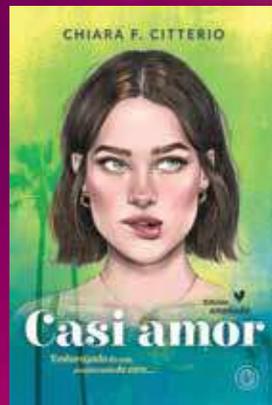


OTROS TÍTULOS DE LA SERIE:



*Bella es una joven inglesa que llega a Nueva York para estudiar arte y con la esperanza de reiniciar su vida, aunque sabe que allí va a volver a cruzarse con Mark, el chico que le rompió el corazón. Lo que no sabe es que, no bien pise la universidad, también conocerá a James, el chico que podría rompérselo.*

*Desde el primer día en la Gran Manzana, Bella oscilará entre una nueva oportunidad con lo conocido y el peligro por conocer: Mark querrá reconquistarla y James estará demasiado cerca.*

*James es guapo, gran lector y artista sensible, pero también, un chico duro que se niega a enamorarse. Detrás de esa máscara hay un pasado trágico. Bella será su punto flojo.*

*En esta historia llena de cruces y desencuentros amorosos, hay un amor que siempre se encuentra, que perdura y se hace cada vez más fuerte: el amor de los amigos.*

*Tanto amor es el tercer libro de una saga que continuará. Los anteriores son Casi amor y Mal amor.*



CHIARA F. CITTERIO

Tanto amor

CHIARA F. CITTERIO

# Tanto amor

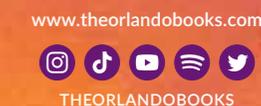
*Cuando el pasado es sombrío,  
abrir el corazón puede no ser suficiente*

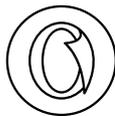


**CHIARA F. CITTERIO** (2003), conocida internacionalmente como Chiara Francia (@chiarafranciac), es actriz, estudiante de la Carrera de Artes en la Universidad de Buenos Aires y escritora.

*Casi Amor* y *Mal amor*, ambas publicadas por *The Orlando Books*, fueron sus primeras novelas. *Jefa a los 17: Alicia* inaugura una nueva saga.

Amante de los libros, los perros, y de andar a caballo, Chiara encuentra en la palabra el modo de dar cuerpo a las miles de historias que circulan por su mente.





**THE ORLANDO BOOKS**

**Dirección general:** Marcela Citterio

**Diseño de cubierta e interior:** Valeria Miguel Villar (@be.olifant)

**Ilustración de cubierta:** Ana Monticelli

**Edición:** Paula Rodríguez

**Corrección:** Mimi Romanz Giordano

©Chiara Francia Citterio, 2023

©The Orlando Books, 2023

www.theorlandobooks.com

Primera edición: Noviembre de 2023

ISBN: 978-631-90060-6-3

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

---

Francia Citterio, Chiara

Tanto amor / Chiara Francia Citterio. - 1a ed. - Caseros : The Orlando Books, 2023.

288 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-90060-6-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863.9283

---

*Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.*

**Este libro ha sido impreso en papel amigable con el medio ambiente, fabricado 100% a partir de caña de azúcar, 0% fibra de árboles y 0% productos químicos para blanquear.**

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2023.

Linegráfico S.R.L. División Editorial. Ciudad de Buenos Aires - Argentina.

CHIARA F. CITTERIO

# Tanto amor

*Quando el pasado es sombrío,  
abrir el corazón puede no ser suficiente*



THE ORLANDO BOOKS



*Para mis lectores:  
ustedes les dan alas a mis historias*

Escaneá el código QR y disfrutá la playlist del libro en  Spotify.



«La memoria mete y saca la aguja, arriba y abajo,  
adelante y atrás. No sabemos lo que viene  
a continuación ni lo que sigue después.»  
(*Orlando*, Virginia Woolf)



CAPÍTULO 1

## *Un nuevo comienzo*

BELLA

**T**ermino de acomodar la cartera: pasaporte, papeles, maquillajes, lapiceras. De pronto, de una de mis libretas cae la mejor foto que nos hicimos juntos con Mark. No se trata solo de una imagen: en la parte de atrás hay unas líneas que escribí el día en que me dejó:

*Fui una chica que luchó por todo aquello en lo que creía. Que besó a quien quiso y cuando quiso. Que viajó por el mundo para encontrarse a sí misma y nunca lo logró. Que desafió a cada persona que se cruzó en su camino. Hasta que encontró a una que la hizo sentir en casa, segura, amada.*

*Ese elegido fuiste tú.*

*Tú. Que te has ido de mi lado apenas ella posó sus ojos en ti.*

*Y ella, que siempre lo ha conseguido todo, también se quedó con lo único que he conseguido yo.*

Recuerdo como si fuese ayer el momento en que escribí esas palabras. Porque el dolor es el mismo. Porque esa chica

que consiguió todo fue Emma, no yo. Porque yo logré que él se interesara en mí, sí, pero obvio que —en cuanto la conociera— mi mejor amiga le iba a parecer mucho más atrapante. No culpo a Emma. Nunca la culpé. Ella simplemente existió, y él se enamoró. Y a mí se me partió el corazón en mil pedazos.

Con Mark todo fue tan intenso que rompimos dos veces. La segunda fue peor que la primera. La primera fue mi elección, pero la definitiva me cayó de una forma totalmente imprevista. Estábamos bien, o eso creía yo. Y Emma tenía ojos para uno solo: Theo. En mi mente, era imposible que pasara algo entre Mark y Emma. Pero ocurrió.

Y lo revivo en segundos, mientras dudo sobre qué hacer con la foto. Al final, decido llevármela y la guardo en la billetera.

Me tomo tiempo para imprimir en la memoria cada detalle de mi habitación, ya que no volveré por un tiempo. Las paredes blancas, la cama de dos plazas que luché por tener, el cajón de zapatos que quedó casi vacío, un cuadro que dibujé: Emma, Lorelai, Nate, Theo y yo tirados en una cama elástica viendo Netflix. Me acerco al espejo; no me gusta admitir que soy de esas chicas que cambian después de que las dejen, pero lo soy. Uso la misma blusa azul con flores, la misma falda de jean, las mismas botas con estampado, pero hay algo en la mirada que delata mi dolor. El dolor de no haber sido lo suficientemente buena.

Cierro los ojos y sacudo el cuerpo para espantar la tristeza. No seré un lamento constante, seré fuerte, seré un huracán, nunca nadie podrá detener a Bella Taylor.

Finalmente, tomo la cartera del tamaño de una valija de

mano y salgo de la habitación. Mi hermano Daniel se acerca y me despeina. Lo empujo e intento una mirada aterradora que no me sale. Observo cómo va vestido: camisa negra, pantalón blanco de tiro alto y, claro, la cadenita con la cruz; me río, no hay nada menos católico que Daniel.

Elliot, en cambio, se acerca a abrazarme tímidamente. Lleva una camisa roja y pantalones negros, con sus tirantes habituales. Me aprieta fuerte y me ruega que me quede.

—Si te vas, Daniel me hará la vida más imposible que lo habitual.

—Elliot, ya tienes quince, es hora de que le des un buen golpe a Daniel si te molesta.

—Bella, no armes disturbios antes de irte —advierte mi madre.

Me doy vuelta y le regalo una sonrisa con todos los dientes, extrañaré su malhumor y su obsesión por que todo sea como ella quiere.

—Ya, ya, deja de dar vueltas, tu padre está protestando porque llegarás tarde al aeropuerto si no nos apuramos.

Abro la puerta de la casa y me encuentro con Emma, que se me tira encima; sus anteojos de sol me lastiman la cara, pero no le digo nada, es un milagro tanta demostración de cariño de su parte. Me quedo en ese abrazo; inspiro la calma que me genera estar con mi mejor amiga. Nada de lo que pasó nos distanció. Nunca nos perdimos la una a la otra. Tantas cosas me duelen, pero saber que, pase lo que pase, Emma siempre estará para darme un abrazo me tranquiliza.

—Toma. —Me da una foto de las dos abrazándonos; yo, haciendo puchero y ella, con su usual cara de mala.

Miro a mi amiga que, aunque intente negarlo, es una persona llena de magia, que al fin dejó la ropa oscura que usaba y ahora tiene puesto un vestido celeste con pajaritos. Lo compró conmigo en una tienda de segunda mano. Siempre le gustó usar ropa *vintage*, muchas veces parece una chica de otra época. Saco mi sombrero favorito de la cartera gigantesca y se lo doy. Como todo lo mío, ya que Emma tiene mucho más de mí que yo misma.

Nate se lo roba y se lo pone, combina perfecto con su campera a rayas blancas y negras y sus pantalones negros.

—Me queda tan bien —se halaga.

—Como digas, Davies —acota Theo por lo bajo, con su humor neutro habitual. Nos mira a todos con mucha atención; sería un buen detective Theo, siempre observando en silencio. Si no fuera por su belleza extraterrestre, la amplia remera rosa viejo y los pantalones a cuadros, pasaría desapercibido.

Mi padre me aprieta los hombros y me clava una mirada de “Llegamos tarde, Bella”. Suspiro y me despido de mis amigos. Emma tarda en soltarme, pero yo me zafo de su agarre, abro la puerta del auto familiar y, cuando estoy por subir, escucho una voz que conozco muy bien.

—Bella, Bella, espérame.

Lorelai corre hacia mí, con el pelo rojo sujeto en una colita de costado, vestido gris con estrellas y botas negras.

—Quería darte esto.

Una copia de su libro: *La flor de Lily*.

—Es hermoso, Lor, gracias.

Le doy un abrazo rápido, ya que mi padre empieza a tocar bocina, nervioso. Que molesto es, por favor.

Los miro a todos una última vez y me doy la vuelta antes de que se me caiga una lágrima. Qué feliz me hace tenerlos. A pesar de los problemas que hemos tenido, a pesar de los cruces amorosos, no hay nada más indestructible que esta amistad.

A lo largo del camino, mi madre me recuerda que no vaya a fiestas, que me cuide, que no quiere *tener un Justin*, aunque sea precioso. Me río por su expresión, estoy bastante segura de que no habrá ningún Justin, ya que no tendré ni una noche de descontrol. Cargo con demasiadas incertidumbres como para que me guste tomar alcohol hasta perder la noción. Mi padre, lo único que me pide es que vuelva a Londres, que no se me ocurra quedarme a vivir en Nueva York.

—Lo prometo.

Intento que la despedida sea lo más rápida posible, pero mi madre no la hace fácil con sus llantos desconsolados que me hacen llorar a mí también.

—Va a perder su vuelo, Gema, ya basta.

—Franz, déjame despedirme de mi hija en paz.

—Tiene razón, mamá, es hora de irme. Los amo.

Tomo las maletas y arranco.

El aeropuerto está repleto: me choco, me gruñen y un chico cero lindo me guiña el ojo, pero yo me hago la boba mirando para el otro lado. Por suerte, una amable mujer se me acerca y me ayuda. Me habla como si ya nos conociéramos de antes. Debe tener apenas unos treinta años, es de China, pero vive desde los dieciocho en San Francisco, me cuenta sobre todas las ciudades que visitó.

—Cuando viajes, debes elegir objetos que te recuerden por

siempre a los lugares a los que fuiste. Por ejemplo, este vestido lo compré en Barcelona y no me lo olvidaré jamás, ya que fui pensando en que me moriría de frío, pero, *hashtag* calentamiento global, tuve que comprarme este veraniego sin mangas. Aunque la tela no era la mejor opción, era lo que había. Esta cartera me la regaló un novio que tuve por una semana, parisino, un bombón; era millonario, me dijo que esta Prada llevaba mi nombre, muy romántico. ¿Mi pelo? Me lo teñí en Buenos Aires: fui con mi aburrido color castaño y volví con las mechas más lindas. Me dio pena cortarlo, pero cuando fui a Milán prácticamente me obligaron. Luego me explica que las sandalias que lleva son de no sé dónde y que bla bla bla, y, por más que estoy agradecida por su ayuda, ahora sí que llegaré tarde a mi vuelo si no me despido de ella en este instante.

Ya en el avión, abro el libro de mi amiga. Es hermoso, la tapa es lila y tiene el dibujo de una chica de cara melancólica que sostiene una flor. Suena extraño, pero por alguna razón la encuentro parecida a mí. Rulos rubios hasta la cintura, la expresión desolada que llevo desde aquel día y un vestido negro con lunares, muy similar a uno mío.

Suspiro. Hoy no paro de suspirar, no paro de pensar en si estaré tomando la decisión correcta.

En la primera página del libro hay una dedicatoria: “Para la flor más Bella”. Y, abajo, una frase: “Es hora de elegir entre lo que es fácil y lo que es correcto”. Me pregunto por qué Lorelai habrá elegido esas palabras; yo sé que hay una razón, pero no entiendo cuál. Mi amiga me ha dejado un mensaje impreso en el primer libro que publica. Tendré que descifrarlo.

Dejo los pensamientos de lado y me entrego a la lectura. No soy de leer, pero hay algo en esta historia que me atrapa: un gran amor; dos personas que se creen muy distintas y son muy parecidas. Sin darme cuenta de cómo pasó el tiempo, llego al final del libro en el momento en que aterrizamos. Miro por la ventana y el miedo se apodera de mí, pero una voz en mi interior me dice que puedo, que lo puedo todo y más.

Pienso en Mark. Mi mente va hacia él demasiado seguido. Sé que estará en Columbia, sé que me lo cruzaré en algún momento. Y me niego a que me vea mal, porque estoy bien. O lo estaré, pronto.

Hago toda la tortura de los trámites de ingreso, respondo el interrogatorio eterno que busca que confiese si soy narco-trafficante y, por fin, subo al auto que alquilaron mis padres para que llegue sana y salva, al menos, a la universidad.

—¿Podría ser tan amable de pasar por la Biblioteca pública de Nueva York? —le pregunto al chofer; Lorelai me hizo jurar que le sacaría una foto a ese edificio.

No puedo parar de mirar por la ventana, es tan atrapante esta ciudad. No puedo quitarle los ojos de encima ni un segundo. Emma me ha contado todo sobre su viaje, y yo solo podía pensar en cuándo lo haría yo.

Ella conoce muy bien este país, ya que suele viajar seguido a Los Ángeles. Allí fue donde conoció a Mark. Sin saber que era mi chico del crucero, el que me había enamorado en el viaje a Italia. Bueno, mío no: nadie es de nadie.

—Es aquí, señorita —me señala el conductor.

Es hermosa. Con sus tres entradas enmarcadas en arcos y

columnas, y varias esculturas bellísimas; una arquitectura de ensueño. Insisto en que no soy una gran lectora, pero lo sería por este lugar. Me fijo en un chico sentado en las escaleras y disparo con el celular. Antes de que pueda seguir mirando, el chofer avanza y lo pierdo. Le hago zoom a la foto: el pelo castaño le tapa la cara, tiene una camisa celeste, jeans negros y cadenas en el cuello. Amplió más la imagen para ver qué libro lee, algo que me enseñó a hacer Lorelai. Achino los ojos, me es difícil, pero lo consigo, o eso creo. Es *Orlando*. De Virginia Woolf, lo sé, pero no recuerdo de qué se trata. Busco en internet: un hombre que se convierte en mujer. Interesante. Lo compro por Amazon.

No puedo dejar de mirar el imponente edificio de la Universidad de Columbia cuando pasamos por enfrente. Por suerte, me alojo en una residencia cercana; Emma intentó convencerme de alquilar un departamento en el Soho, pero preferí no hacerlo.

El conductor se aclara la garganta y me mira con cara rara; le doy una propina, así me ayuda a bajar las maletas. La mujer de recepción me mira mal al escuchar mi acento inglés y masca su chicle exageradamente, algo que me da bastante asco. La campera parece ser de cuero animal, cosa que odio; la camisa blanca tiene una mancha de café y, cuando se levanta a buscar mis papeles, puedo ver que sus jeans tienen salsa de tomate. Asqueroso. Me señala de mala gana hacia dónde queda mi habitación y, obviamente, me pierdo; debo pedirle ayuda a un chico que no quita la mirada del celular, y su aporte es pésimo, pero logro orientarme. Antes de abrir la puerta, pongo mi nueva llave en un llavero que me regaló Elliot en la despedida; es un pompón

rosa. Abro y me quedo mirando a la chica de pelo celeste, camiseta celeste y blanca, sandalias y vestido azules. Bien, me tocó una fanática.

*Celeste* está recostada en la cama con las manos cruzadas sobre el pecho, como si estuviera en un ataúd, escuchando una meditación. Se alza como una momia y abre los ojos, que son ámbar y no celestes, como me había imaginado.

—Interrumpiste mi apertura de chakras mentales —anuncia enojada.

—¿Perdón?

Celeste se sacude como un perro.

—Empecemos de nuevo, mi nombre es Ximena.

Ximena, no Celeste.

—Bella.

Se me queda mirando por más tiempo que lo normal.

—Tengo una idea. —Salta y me aprieta los hombros con mucha fuerza—. Mi novio, bueno, no es mi novio, pero ya lo será, tiene un amigo, bah, compañero de habitación, puedo decirle que hagamos una cita doble. ¿Qué dices?

—Acabo de salir de una relación —miento. Ya pasó un año desde que Mark me dejó, pero es una buena excusa para que esta mujer de pelos celestes me deje en paz.

—Un clavo saca otro clavo.

—Debo desempacar.

—Podrás hacerlo mañana.

—Estoy cansada.

—No hay excusas para no ir. Aparte, se ve que necesitas...

—¿Qué?

—Descargar la tensión vía sexo.

Trago con dificultad, nunca fui una puritana y nadie me había dicho nada semejante. ¿Me veré tan necesitada?

—Vamos, Bella, cámbiate que hueles a avión. Y ponte perra.

—¿Ximena?

—¿Sí?

—No me vuelvas a decir eso.

—¿Por qué? Ponte perrísima, si eres un bombón.

De pronto empiezo a reírme, sin parar. Ximena al principio me mira extrañada, pero luego se suma.

—No puedo creerlo. Estoy en Nueva York, a punto de empezar mis clases en Columbia, con una compañera fan del celeste que está más loca que una cabra.

Luego de intercambiar información básica para conocernos y reírnos por un largo rato, salimos de la habitación. Ximena me obligó a ponerme un vestido cortísimo rojo con un gran escote, acompañado de unos tacos de aguja. Recién la conozco y ya logra lo que quiere de mí. Esta mujer va a volverme loca.

Llegamos al bar antes que los chicos. Ximena nos pide dos *shots* de tequila que nos tomamos de un tirón, y volvemos a estallar en risas que, de mi parte, se apagan apenas lo veo a unos pocos metros. Es él. Con su perfecto pelo rubio, camisa un talle más grande y jeans rotos. Es Mark. Corro al baño antes de que me descubra.

No puedo creerlo. No me puede estar pasando esto. ¿Primer día y ya tengo que cruzármelo? No. Me niego a que sea real. Me niego a hablar con él como si fuera una tonta amiga que dejó todo atrás.

Alguien ríe detrás de mí.

—Es el baño de hombres —me informa una voz masculina.

Alzo la mirada y me choco en el espejo con los ojos del chico que me está hablando. Es el de las escaleras de la biblioteca. Es *Orlando*. Sus ojos negros me cautivan completamente. Me doy vuelta y lo miro con la poca dignidad que me queda.

—Una chica tan linda no debería estar angustiándose por encontrarse a su ex. Deberías darle celos

—¿Perdona? —¿*Le parezco linda?* ¿*De dónde salió?* ¿*Cómo adivinó?*

—Celos, no hay nada más fuerte.

—¿Y cómo haría eso?

—Yo te ayudo, dale celos conmigo.

Su boca me regala una media sonrisa tan provocadora que sin pensarlo me lo llevo de la mano a la pista de baile. Me toma por la cintura y me hace girar, me deja un beso en el cuello, otro en la mejilla, uno en la frente. Siento unos ojos que me quemán la espalda, me doy vuelta y veo a Mark con un trago en la mano, mirándome fijo. Me muerdo el labio inferior y sigo bailando con el extraño que me hace sentir viva, como hace mucho que no me sentía.

Nunca tuve problemas con los chicos, siempre había alguien que me miraba con ganas de que lo besara. Pero esto es distinto: me siento la más linda del mundo. Sus ojos negros me miran con deseo. Bailamos por lo que parecen horas, solo paramos para beber y volver a la pista. Bueno: yo bebo; él, solo agua. Cuando los pies no me dan más, se ofrece a llevarme. Salimos del bar y el viento me toma desprevenida.

—Te daría algo para que te abrigues, pero no soy un caballero preparado para todo.

Me río, él me toma la mano y me lleva hasta una moto. Me entrega su casco. Es el único que tiene.

—Algo caballero soy, aunque si muero será tu culpa.

Me pongo el casco, él se sienta primero y yo después.

—Agárrate fuerte.

Le hago caso, puedo sentir su abdomen tenso bajo mis manos frías. Acelera y, por alguna razón, no siento frío. Me dejo llevar a toda velocidad por un desconocido que podría ser el mismísimo Ted Bundy, pero no me importa.

Al llegar, tardo en bajarme de la moto.

—¿Vas a quedarte aquí toda la vida?

Su voz gruesa me trae a la realidad. Me quito el casco e intento peinarme, pero es imposible, mi pelo se volvió completamente salvaje. Arranco hacia el edificio, pero luego me arrepiento y giro.

—No —responde a mi gesto, tranquilo y con una sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque fuimos un momento, no lo ensuciemos con nombres.

Antes de que llegue a darme vuelta, me toma de la mano y me acerca a él; quedamos muy cerca uno del otro, tan cerca que puedo sentir su aliento en mis labios.

—Me debes un favor ahora —susurra con esa voz tan tan tan... sexi.

Lo miro y asiento. Me alejo sin volver a mirar para atrás. Bueno, en verdad, cuando él ya no puede verme, me detengo detrás de una ventana para verlo irse, misterioso y efímero como apareció.

## CAPÍTULO 2

# La hija de Joseph

JAMES

— Hazlo bien esta vez, James, no me hagas perder el tiempo —dijo mi papá barra profesor de equitación.

Ese había sido uno de esos días en los que no podía calcular bien las distancias y tiraba nueve de cada diez vallas. Me limité a asentir y comencé a galopar hacia el corral. Eso último sí lo hice bien. Al menos para mí, ya que mi padre tenía varias objeciones. Dio la clase por terminada y salió de la pista de arena, enojado.

*Idiota.*

Me quedé encima de la yegua. Mi momento favorito era cuando podía ir despacio, como de paseo, y disfrutar del aire fresco. En las gradas, la vi. Imposible no reparar en ella, en su cabello verde, en el *short* corto y la blusa con círculos. Nunca habíamos hablado, pero sabía quién era.

Harriet.

La hija de Joseph, el hombre que nos cuidaba los caballos desde hacía más de veinte años. Sabía lo que la gente decía

sobre ella, pero nunca le presté demasiada atención a los comentarios. Muchos hablaban de mí también, y se equivocaban cada vez que abrían la boca.

Harriet se levantó y se fue, y yo decidí que era hora de que la yegua descansara. Me acerqué a los establos y la vi discutiendo con su padre. Apenas Joseph sintió mi presencia, le pidió que por favor dejara de insistir y se acercó a mí para llevarse a Adele.

Ella se alejó, y tuve un impulso. Quería seguirla. Invitarla a salir. Le propondría ir a Six Flags o algo así, divertido.

—Mañana seguro lo harás mucho mejor.

Carly cortó el hilo de mis pensamientos. Su mano reposaba en mi brazo, intentando hacer que me sintiera mejor. Aunque éramos rivales, solíamos hablar de nuestros entrenamientos y darnos fuerzas. Asentí en silencio, no quería hablar del concurso del día siguiente. Quería pensar en otra cosa, por primera vez en mi vida. Mentí que debía irme, caminé hacia mi camioneta RAM y ahí estaba Harriet, apoyada contra la puerta, con los auriculares puestos y los brazos cruzados. Su posición dejaba claro que no quería que nadie se acercara.

—¿Necesitas que te lleve a alguna parte?

Abrió grandes los ojos, era la primera vez que nos dirigíamos la palabra. Su mirada me penetró, así de fácil. Sentí cómo todo cambiaba. Supe que era peligrosa, supe que sería un problema a la larga. Y a la corta, también. Pero ese peligro... ella lo disfrazaba de diversión, de aventura.

Harriet no dudó y me dio un papelito con una dirección. Su voz gruesa, segura, sin miedo. Me quedé callado, y ella decidió desafiarme.

—Imagino que no frecuentas esa zona, niño rico.

Era verdad, pero esa no era la razón de mi silencio. Enterré la llave y puse el coche en primera. El reproductor de música se encendió y continuó la canción que había estado escuchando cuando llegué: *No Judgement* de Niall Horan.

—No me jodas, ¿en serio te gusta esto? —me preguntó, muerta de risa.

Sí, me gustaba el pop. ¿Y qué?

—Déjame que te ponga música de verdad.

Tomó mi celular sin pedir permiso y le dio *play* a *Panic Switch* de Silversun Pickups. La guitarra eléctrica llenó el coche; ella comenzó a mover la cabeza hacia los lados y subió el volumen. Si no fuera porque estaba conduciendo, me habría quedado horas mirándola. Iba con los ojos cerrados, en trance.

*Time*

*It's never worth my time*

*Blue shine*

*Bleeds into my eyes*

Estacioné y me di cuenta de que la había llevado a una fiesta. La casa prácticamente rebotaba por la música y en la puerta había dos chicos besándose con pasión.

—¿Quieres entrar? —me desafió otra vez.

—No, gracias. Mañana concurso y...

—No me interesan las excusas —me cortó.

Harriet se quitó la blusa y la guardó en su mochila. Solo con los *shorts* y corpiño de encaje, se bajó del auto.

La vi empujar a los dos chicos y, antes de abrir la puerta, tirarme un beso. Un beso que se disipó en el aire, pero que quedó en mi mente para siempre.

Apreté el acelerador y comencé el camino hacia mi casa. Mientras manejaba, sentí el arrepentimiento. Quería conocer más a Harriet. Quería saberlo todo. Pero lo que no sabía, y no supe hasta mucho tiempo después, era que nunca iba a poder conocerla por completo. Solo fragmentos y falsas verdades, ya que ella tampoco era muy consciente de sí misma ni de lo que era capaz de hacer.

## CAPÍTULO 3

# Lejos

JAMES

**M**e recrimino no parar de pensar en la rubia de anoche. *Basta, James, tienes una promesa contigo.* Me visto con una simple camisa amarilla con flores y unos pantalones rotos que tengo por ahí; ni siquiera me preocupo por terminar de abrochar los botones. Mientras hago el café matutino, su olor a jazmín me inunda completamente. Sus manos tan frías en mi cara, sus brazos rodeándome, su pelo descontrolado.

—Mierda —maldigo cuando me quemó. Debo dejar de pensar en esta chica, ya que es peligrosa no solo para mi salud mental, sino, también, para mi integridad física.

Desayuno tratando de ocupar la cabeza en otra cosa, tomo la mochila, y me subo a la motocicleta. Me encanta andar en moto, sentir el viento en la cara y la velocidad en el pecho. Me alejo del Soho y tomo Charlton St, camino hacia la universidad.

Apenas llego, caigo en la realidad: tengo que estudiar. Miro el edificio gigantesco de Columbia y me pregunto qué hago aquí. Amo el arte, pero odio la estructura académica. Solo espero que mi primera clase del año me enseñe algo

interesante. Me quito el casco y camino hacia el aula de Arte Americano.

Al entrar, mis ojos caen en ella, en sus largas piernas al descubierto bajo un vestido amarillo con dos aberturas en la cintura, perfectas para posar las manos ahí. Es la chica de anoche.

Sin pensarlo, me siento a su lado. Debería alejarme de ella, pero esas ondas rubias tiradas para atrás, esos ojos celestes que me miran con simpatía, que me cautivan, me hacen querer que me rodee con las piernas y me clave la punta de los zapatos en la espalda.

No le hablo, ella tampoco a mí. Sigue la clase con atención. Yo intento hacerlo, pero no puedo, me es imposible apartarme de ella. Me intriga. Gira levemente y me pide con gestos, modulando la palabra sin sonido, que pare. Me hago el que no entiendo lo que intenta decirme, entonces ella escribe en un papel, lo dobla y me lo da con discreción: “Deja de mirarme”. Escribo en otro que eso es imposible, pero ella no llega a leerlo: el profesor lo intercepta en el camino.

—No estamos en la preparatoria, pero al parecer no lo entienden. ¿Cuáles son sus nombres? —suelta con el peor de los tonos.

Nos desafiamos con la mirada, ¿quién será el primero en revelar su identidad?

—Bella. Bella Taylor.

Bella, como la Bella Durmiente.

—¿Y usted? —protesta el profesor.

—James Byrne.

—Byrne y Taylor, para la próxima clase, quiero que preparen

una exposición sobre algún grupo artístico y que expongan con detalle su historia, la vestimenta, lo que se les ocurra para no reprobar esta clase. —Hace una pausa, nos estudia—. Juntos.

Con Bella asentimos sin decir una palabra más; cuando termina la clase, ella sale disparada como un rayo y yo la sigo, pero sin correr, aunque me dan ganas. De pronto se da vuelta y se me acerca con furia: golpea los pies contra el piso al caminar.

—¿Por qué mierda has hecho eso?

—No lo sé.

Soy sincero en mi respuesta. No tengo idea de por qué hice lo que hice. Es más: si lo hubiese pensado, no lo hubiese hecho. Bella se aprieta las sienes y niega con la cabeza, como si no pudiera creer lo que le está pasando.

—No vuelvas a hacer algo así, jamás.

—Tampoco querré hacerlo, muchas gracias, eres demasiado malhumorada.

—¿Yo? ¿Te parece que no debería estarlo? Has arruinado la percepción de ese profesor sobre mí.

—¿Qué te importa lo que piense sobre ti ese hombre?

—Importa que sea mi profesor.

—Sinceramente, no. Si le demuestras que eres buena cuando llegue la hora de los exámenes, estarás perfecta.

Bella bufa y me fulmina con la mirada.

—James, no quiero verte, no quiero que estés cerca de mí, nada.

—Bien que recuerdes mi nombre.

—Ya te has ganado mi odio; lo sabes, ¿no?

—¿Que soy ahora? ¿Una especie de enemigo tuyo?

—Como quieras llamarlo. Adiós.

Bella se aleja, y yo me apoyo en una pared mientras cuento los segundos que faltan para que vuelva. *Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...*

—¿Cuándo haremos el trabajo? —Su tono es mejor que el de antes.

Sonrío, esta chica es todo lo que está bien.

## CAPÍTULO 4

# *Joven promesa*

JAMES

Una de mis escapadas con Harriet fue un día en el que estuve entrenando dos horas sin descanso, ni la yegua ni yo podíamos saltar una puta valla más. Para cualquier persona, lo hubiese hecho bien, más que bien. Pero, para mi padre, yo siempre era una mierda.

—Así nunca ganarás un campeonato —me gritó.

—Siempre que concurso gano, papá, no entiendo qué te pasa.

—¿Qué me pasa? Qué *te* pasa, es la pregunta. No puedes comenzar a pensar así, siempre habrá chicos más jóvenes, que hagan las vueltas más cortas y sean mucho más rápidos.

—Papá, tengo dieciséis años, yo soy la joven promesa.

—Me cansas, James. Tú y tu puto egoísmo.

Se largó de la pista dando zancadas, ofendido. Sí, él era el ofendido. Yo, simplemente, estaba cansado. De discutir, de tener que mostrar lo que valía en cada entrenamiento.

Me bajé de Adele, agitado, y no fue uno de los chicos de la caballeriza, sino Harriet, quien se acercó a ayudarme. Le quitó

las riendas a la yegua; luego, la montura. Yo solo podía mirarla: llevaba un vestido rojo con un generoso escote.

—¿Quieres ir a una fiesta? —me preguntó, traviesa.

Ahí entendí por qué estaba vestida así; por lo general, usaba ropa mucho más cómoda.

—No debería.

—Nunca es divertido hacer lo que uno debe. —Esa sonrisa me traería muchos problemas.

—Está bien, pero solo un rato.

Harriet volvió a sonreír, victoriosa, y llevó la yegua al establo.

—Primero, debería pasar por mi casa a cambiarme —dije, sin saber adónde íbamos.

—No hace falta que te arregles tanto, principito.

Abrió la mochila y se cambió las zapatillas por unos tacos bajos y plateados. Me pidió que me quitara las botas y ya estaría listo. Le hice caso, como ocurriría muchas veces más. Como un tonto, sin preguntar. Y eso, a ella, le encantaba: tener un idiota que la seguía a todas partes.

Nos subimos al auto. Ella estaba feliz de tenerme así, de chofer a su lado. Me dio las indicaciones para llegar a un lugar que yo desconocía. Al bajar, me tomó de la mano y me llevó a bailar. Me gustaba su forma de moverse, tan pegada a mí, tan sensual; todo lo que hacía me excitaba y me atrapaba. La estaba pasando bien, como hacía mucho que no me sucedía.

Quería besarla.

Eso era lo único de lo que estaba seguro, así que la mantuve quieta por un segundo y la besé. Ella respondió con ganas; dábamos vueltas mientras nos besábamos.

—Ya vuelvo —dijo y desapareció.

No volví a verla por un buen rato. Fue la primera vez —de tantas que vendrían después— que me dejó solo y rodeado de gente que no conocía. Yo era un extraño, desentonaba. Intenté alejarme de sus miradas. Nunca me sentí cómodo en el ambiente al que supuestamente pertenecía, pero ahí tampoco. Quizás no era de ningún lugar.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó un chico.

Bueno, “chico” es una forma de decir: parecía de unos veinticinco años.

—No, gracias.

Yo no tomaba. Había probado alcohol, sí, hasta me había emborrachado y todo con mis amigos, una vez. Pero no me gustaba. Era más, me resultaba bastante feo. O, al menos, lo que había probado hasta el momento: vodka con jugo. *Puaj*.

Harriet se paró de nuevo frente a mí; estaba distinta, más agresiva; me besó sin preguntarme. Me mordía y me tocaba mucho el cabello, le daba tirones.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, riendo.

—Me pasa que me gustas, James.

Me volvió a besar. Cada vez más demandante.

Creo que ese fue el día en que comencé a alejarme de mí mismo. A Harriet no le gustaban ciertas partes de mí, entonces diseccionaba y elegía a su gusto. Yo era un chico responsable, y si eso a ella la aburría, trataba de adaptarme a su demanda. Esa noche debí haber estado durmiendo, pero la pasé en una fiesta. No lo vi en el momento, pero me estaba perdiendo. Tanto que luego fue difícil volver a encontrarme.

**The Orlando Books** surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

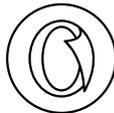
Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

**Detrás de todo lo que nos gusta siempre hay una buena historia.**



THEORLANDOBOOKS

[www.theorlandobooks.com](http://www.theorlandobooks.com)



**THE ORLANDO BOOKS**